

Los señores del anillo

NADIE SE HA preocupado en España de combatir la aversión al trabajo manual

MODEST GUINJOAN - 04:46 horas - 20/02/2003
Las estadísticas de ocupación y paro elaboradas por el Instituto Nacional de Estadística (INE) correspondientes al último trimestre del 2002 son bastante menos optimistas de lo que todo el mundo quisiera.

Por tercer trimestre consecutivo han crecido tanto el número de parados (que se ha situado en 2,12 millones de personas), como la tasa de paro, que alcanza ahora el 11,45% de la población activa. Si uno mira hacia atrás y compara estas cifras con las que se registraban hace ocho años, la mejora es indiscutible. Pero si centramos la atención en los datos actuales, hay poco lugar para la satisfacción: en un 4,7% de las familias con al menos un activo (eso es en casi 500.000 hogares) nadie trabaja; 526.400 jóvenes de menos de 24 años están en el paro; una de cada seis mujeres con voluntad de trabajar no puede hacerlo, y 457.000 personas llevan dos o más años en el paro. En Catalunya los registros son algo mejores pero no dan motivos para lanzar las campanas a vuelo: 300.000 personas en el paro; una tasa del 9,6%; uno de cada cuatro jóvenes de menos de 24 años no tiene trabajo, y 228.000 parados no cobran ningún subsidio o prestación.

Que uno de cada nueve españoles esté en el paro es un mal registro, pero sería mucho peor si la tasa de actividad (proporción de gente con intención de trabajar respecto a la población de 16 años y más), que actualmente es del 54,3% y una de las más bajas de Europa, alcanzara valores de países más desarrollados. Con tasas danesas o finlandesas (cerca del 65%), el nivel de paro español sería actualmente del 26%; con tasas holandesas, británicas o portuguesas (62%), del 22,5%; con tasa alemana, del 17%.

El panorama descrito choca con el déficit de mano de obra que se detecta desde hace años en los trabajos que descansan en la actividad manual, a diferencia de lo que sucede con los de cuello blanco. En Catalunya los primeros aún son mayoría: 1,33 millones de personas, frente a 956.000 los segundos.

Desde peones para la construcción, camareros, recolectores de fruta, electricistas, carpinteros o personal para parques de atracciones, hasta trabajadores cualificados en la industria metalúrgica o de la construcción, no es fácil encontrar personal del país interesado. Ello a pesar de que, según la encuesta de población activa (EPA), el 71% de los parados españoles aceptaría un empleo que significara cambio de ocupación; el 52%, trabajar en una categoría inferior a la esperada, y el 46%, cobrar ingresos inferiores a los adecuados a su cualificación. O no dicen toda la verdad o, también y mucho más probablemente, algo falla en el sistema.

El escaso interés por los trabajos de base manual no se justifica por factores como la dureza o la suciedad, aspectos estos que cada día más los resisten las máquinas y no los hombres. En cambio sí se justifica por los precios que se pagan por estas tareas, no siempre lo

suficientemente atractivos; por el tipo de contratos, que buscan cada vez más la flexibilidad, y por la escasa movilidad geográfica que tienen las personas. Pero más importante aún es la aversión que la sociedad ha generado a ponerse un mono de trabajo. Ni el sistema educativo en general, particularmente los ciclos formativos (la antigua FP), ni las propias familias, han creado un caldo de cultivo favorable para el trabajo de cuello azul. Como si fuera menos digno trabajar de payés o mecánico que de pasante de abogado o de directivo.

Trabajar es una carga; hacerlo en una actividad u otra puede aligerarla, pero la carga existe. Por ello resulta raro que esta sociedad no haya sido capaz de arrancar el estigma de algunas profesiones, que haya puesto anillos en muchas manos y que el paro siga campando por sus fueros en hogares pobres y, tal vez más aún, en menos pobres.

MODEST GUINJOAN, economista